

LORA TAMAYO, MINISTRO, CIENTÍFICO, ACADÉMICO Y CRISTIANO

JESÚS LÓPEZ MEDEL

En el final del verano del año 2002, casi en silencio, falleció don Manuel Lora Tamayo. Llegó a Ministro de Educación, en unos momentos muy especiales de la vida española, y singularmente, de la Universidad, A Ruiz Jiménez, en cuya etapa ocurrieron los sucesos estudiantiles de 1956, y que había ensanchado las enseñanzas, especialmente la enseñanza media y la religiosa, le había sucedido Jesús Rubio y García Mina, Letrado del Consejo de Estado y catedrático de Derecho Mercantil. Una etapa, casi de tránsito, de vuelta «forzada» a la normalidad, y como preparando un viraje, más sereno y sosegado. Ese es el período de la promoción de un hombre de Ciencia, de laboratorio, de investigación, académico de varias academias, también de la interdisciplinaria Real Academia de Doctores, destacándose en la Química Orgánica, en la que llegó a hacer «escuela», en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Un salto muy cualitativo. Rompe los moldes políticos o politizados. Se rodea como Subsecretario de un gran científico y maestro del Derecho, como Luis Legaz Lacambra. Del notario Tena Artigas, como peón de brega en la Secretaría General Técnica, Mantiene a Manuel Jiménez Quilez, como Comisario de Extensión Cultural y Universitaria. En esa etapa, a fines de los 60 —antes de la llegada de Villar Palasí—, desapareció el SEU, primera piedra en el desmontaje del sistema. Aunque fueran otros los que lo dejaran caer.

Lora Tamayo, tratando de perfilar el nervio investigador que debe tener la Universidad misma, creó la figura de los «Departamentos» en la Facultades, y la del profesor «Agregado», como intermedio entre el Ayudante, Adjunto y Catedrático. Propició las becas para la investigación. Con su magna Ley de Enseñanzas Técnicas, éstas tuvieron la reestructuración suficiente para situar a los escalones de arquitectos, ingenieros, aparejadores, peritos, dentro de la órbita universitaria, y sin fracturas. Un hombre de Ciencia hizo la Política de Educación, más precisa, y en un momento determinado.

Los últimos años de su vida —de casi un siglo—, los pasó inmovilizado. Junto a su familia de sus muchos discípulos, creó una larga familia, la cual, como él mismo, ha mostrado la fecundidad de su recia fe cristiana, su sensibilidad humanista, una transmisión de sosiego, con ideas claras. En su longevidad, saboreó, como pocos, el ver crecer a sus once hijos, treinta y nueve nietos, y veintidós biznietos, a los que

infundió la idea de que «los problemas de la vida, el dolor y el sufrimiento, sólo se superan en un diálogo con Dios, que da el consuelo en la tierra y el gozo que se espera alcanzar en la otra». Esto dicho, por un reconocido científico, y Ministro, revela una vida interior profunda. Acaso es lo que le llevara al Papa Pablo VI a designarlo miembro de la Academia Pontificia de las Ciencias. Creyente, cristiano, Ministro de Educación y Ciencia, académico de la Real de Doctores un servidor de los demás.